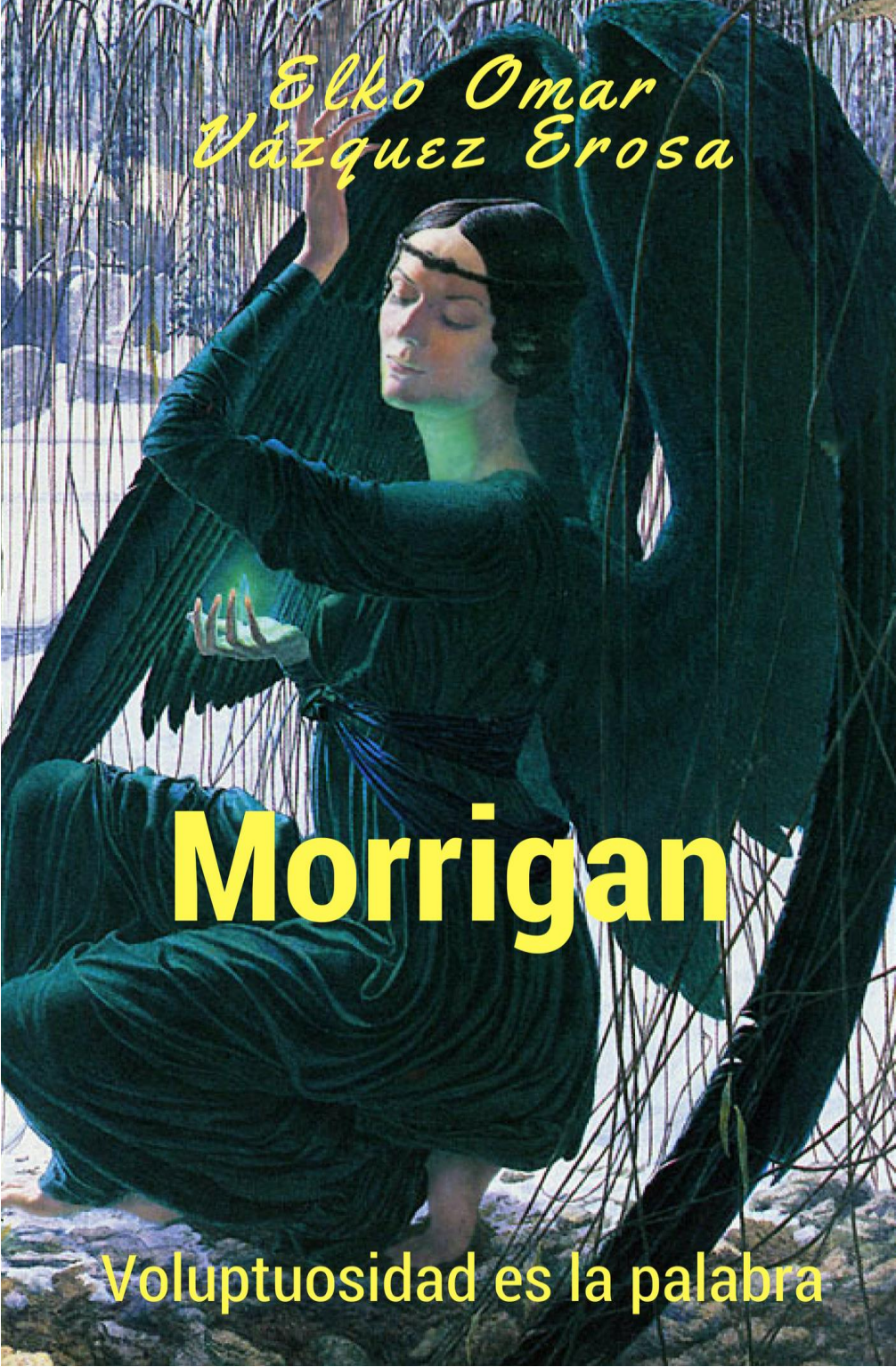


The background of the cover is a painting of a woman with dark, wavy hair, wearing a long, flowing black dress. She is crouching in a field of tall, thin, reed-like plants. Her right arm is raised, and her left hand is held out, palm up, with a small, glowing green light emanating from it. The overall mood is mysterious and ethereal.

*Elko Omar
Vázquez Erosa*

Morrigan

Voluptuosidad es la palabra

Morrigan

Elko Omar Vázquez Erosa



Libro 4



Diván

© Copyright: Elko Omar Vázquez Erosa, 2013.

© Copyright: Voluptuosidad es la palabra, 2016.

Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa

Imagen de portada: The death of the gravedigger, 1895. Carlos Schwabe (detalle).

SE RESERVA TODOS LOS DERECHOS

Elko Omar Vázquez Erosa

Blog:

<http://voluptuosidadeslapalabra.com>

<https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra>

Morrigan

I. Baddh

Sus manos sarmentosas semejaban

de las aves las garras implacables.

Tan vieja como el tiempo,
como el silencio que se enseñorea
de heladas galerías sepulcrales.

Siniestra como el bosque
que en el otoño presagia la nieve,
y los rojos festines de los lobos.

Llamó —llamó a la puerta—
y las risas cesaron por ensalmo,
y en acónito se tornaba el vino.

Tenía una veladura
en uno de sus ojos,
cruzaban por su rostro
los años olvidados.

Atravesar de nuevo

los bosques silenciosos
y contemplar el rostro de la muerte,
el rostro de la luna.

La noche se ilumina
con los fríos cristales
que penden de las ramas de los árboles
y tu sombra, ¡alma mía!,
apenas presentida en manantiales
con encajes de niebla aderezados.

Virgen, madre y anciana,
señora de los sueños infinitos
poblados de serpientes
y bandadas de pájaros,
transidos de fantasmas y fulgores...
caballos espectrales que revientan
en playas desoladas.

Ven, diosa de la guerra

y de los necios poetas oscuros,
con las alas del cuervo
y al son de la tormenta,
y canta los misterios del abismo.

Recuérdame, Señora,
no te olvides del niño que seguía,
en aquellos veranos,
el críptico graznido de los cuervos.

En su largo vagar por la penumbra

había conocido
los besos de las reinas del ocaso,
la voluptuosidad de la tristeza
y el ansia de la carne.

Soñaba con mujeres
de razas que se habían extinguido:
diosas lejanas, piel imaginada.

Finalmente fue a extraviarse en el bosque,
en los ojos de Morrigan
y en distantes singladuras de fuego.

Brennus, 279 a.C.

Tras invadir Macedonia y Tesalia
el rey cuervo se dirigió a Delfos
en busca del prestigio y los expolios.

Apolo respondió al desafío:
con relámpagos y truenos,
con espantosas tormentas de nieve
y horribles terremotos
hizo retroceder a los guerreros;
pero Brennus, indómito
y al frente de sus huestes
fue a las ciudades de Epiro y Olimpia
para saquear los templos
de Zeus tonante, padre de los dioses
—ignoraba que la herida infligida
por Apolo, le costaría la vida—.

Bajo el acoso de los macedonios
y sintiéndose enfermo

dispuso la muerte de los heridos
con el fin de que el resto de sus hombres
evitara la furia de los dioses.

Una postrera mirada a su gloria:
Brennus contempló su yelmo dorado,
pieza de orfebrería rematada
por un cuervo exquisito y majestuoso,
luego ordenó que le trajeran vino,
y apuró la copa, y pidió su espada.

Objetos silenciosos,

mudos testigos de un mundo perdido:

una espada *ballstatica*

con graciosas antenas en el pomo,

un escudo de bronce,

un *trisque* grabado con gran maestría.

Los ojos asombrados

recorren lentamente

un *torques* exquisito,

las filigranas de un broche imposible

que acaso fue forjado por las hadas.

Dioses barbudos en vasijas de oro,

jarrones invadidos por zarcillos

—imágenes de ayer—.

Numancia, 133 a.C.

Siempre recordaré
el hedor de las calles de Numancia,
los días miserables
del cierzo aullando en las empalizadas.

Numancia desafiante,
Numancia en las memorias escarlata
que al paso de los años
se transforma en canciones y leyendas.

Días de lodo y fosos
que al ceñir una ciudad condenada
se volvieron la espina
y la peste... nuestras horas malditas.

Así los obligamos
a devorar la carne de sus muertos,
y nunca se rindieron,
y ofrecieron sus cuerpos a las aves.

Lóbregas noches de lluvia y gemidos

en los paisajes rotos de mis sueños
bajo el sino de cuervos y tormentas,
con la risa glacial de las estrellas,
en exilios de espinas y fulgores.

Samhain

Con los ojos brillantes
los cautivos de guerra
aguardan en el vientre
del muñeco de mimbre.

Aguardan el momento
que habrá de convertirlos,
al son de los tambores y las gaitas,
en una sinfonía de terror.

Impasibles, y entre las grises nieblas,
los druidas se aproximan
con teas encendidas.

¿Cuántas veces, a la sombra del endrino,

meditando sobre la vida y la muerte,
junto a las piedras desprendidas del pozo,
me sorprendieron los ecos de tu risa?

¿Y cuántas veces el roce de tu pelo,
caricia alada, tan suave y repentina,
interrumpió mis oscuros pensamientos?

Con deseos implacables, infinitos,
los abismos de tus ojos me atormentan.

Boudica, 61 d.C.

Vestida de tormenta
invocaste la furia
de la sombría Andarte.

Los perros del procurador Decianus,
luego de esclavizar
a los nobles *iceni*,
te azotaron desnuda
y riendo violaron a tus hijas.

Pintadas de azul acuden las tribus,
pintadas de muerte y sueños atroces
para volver cenizas
sus prósperas ciudades,
para que sólo escapen
en las crispadas garras de las aves.

Caen los primeros copos de nieve,

el silencio se viste
con ráfagas de viento
y crepitar de llamas.

Sembrado de cadáveres
y erizado de lanzas
el campo de batalla se engalana
con la reina fantasma:
su pálida belleza me atormenta.

Tus blancas flores como huesos,

como la niebla traicionera,
como las olas que revientan
y mueren en los arrecifes
transfiguradas en espuma.

Espino negro es tu caricia,
una mordiente cuchillada
en el fragor de la batalla.

Azul oscuro son tus frutos.
Como el sueño y la muerte... azules.

Presagios

Carrigan ha pronunciado su nombre
tras lavar su túnica ensangrentada
en las aguas cristalinas del río.

Con su negro plumaje
traza círculos amplios
—grazna rojos presagios—
y es que la corneja... no se equivoca.

Con su ardiente mirada
ella le ha señalado.

Cuchullain

Y recogiendo sus propias entrañas
Cuchullain se dirigió hacia el lago
buscando apagar por última vez
la ardiente sed que sigue a los combates,
luego regresó al campo de batalla
donde se amarró a una columna
pues deseaba despedirse de pie.

Y del cielo tejido en escarlata
un cuervo se posó sobre su hombro:
era la Morrigan, para llorarlo.

Amarte ha sido siempre desastroso

y en mis necias, malditas borracheras
yo te buscaba, Morrigan sombría.

Te amo violentamente
y a pesar de tus constantes desdenes
levantaré mi copa,
una vez más, por ti.

La luna te refleja,
y entre las chispas de mis arrebatos
te ofrezco canciones, flores de endrino.

¡Amarte ha sido siempre milagroso!
—niebla, vino y delirio—
versos rojos, anhelos que te buscan.

Yo te aguardaba, temblando de frío,

bajo la lluvia helada y el relámpago.

Reina de los fantasmas

—eliges a los tuyos—.

Antaño te soñaba

acechando en los ríos,

cabalgando en la bruma y el ocaso.

Dominas sobre la vida y la muerte

y danzas en la punta de la espada.

Tú me llamabas las tardes de nieve,

entre sauces dormidos.

Tu risa un manantial,

tu roce una caricia,

tus ojos mi destino.

Morrigan, dueña del beso fatal,

en tus ojos el color del olvido,
caricia de seda, lecho de musgo.

Dulce Annie, reconfórtame.

A la Isla de las Manzanas, llévame.

A través de las aguas de la noche
ilumina mi rumbo
con listones de luna
y senderos de plata.

Dices que el hombre

Las hojas del otoño te acompañan
en ese silencioso recorrido
por la orilla de un lago que refleja
el violento escarlata de los cielos.

Para alcanzar su propia perfección
dices que el hombre debe recordar
lo breve de sus pasos por la tierra.

En los brazos de Dagda
eres la muerte, siempre enamorada,
de las aguas chispeantes de la vida.

Brian Boru, 23 de abril de 1014 (Batalla de Clontarf)

Al final los cascos de los caballos,
empapados de sangre,
brillaban como brasas.

En vísperas de la feroz batalla
Brian Boru, el alto rey de Irlanda
vio como la Banshee
lavaba los ropajes de sus hombres
hasta teñir de rojo
del agua la ondulante superficie.

El sol languidecía:
mientras huían, Brodir y los suyos
dieron con el anciano Brian Boru
quien alzó su espada y sembró de gritos
los oscuros rincones de su tienda,
antes de que la muerte lo encontrara.

II. Macha

El viejo O'Connor se sirve otra copa

Fumando nuestras pipas junto al fuego
escuchamos los ayes del castillo,
los vagos gemidos de la tormenta.

El viejo O'Connor se sirve otra copa
y en la dorada epidermis del whisky
las lámparas de aceite
parecen reflejar
rojos destellos de antiguas batallas,
y cabezas clavadas en estacas
emergiendo entre jirones de niebla.

El anciano pasea la mirada
por los ángulos sombríos de la sala
trayendo a la memoria
historias de fantasmas
y baladas de amores... desgraciados.

Las ramas de los sauces se derraman

en lánguidos caireles sobre el agua
y con el grave acento de los cuervos
el viento arrastra el pálido recuerdo
de días que soñaban con su pelo.

La tarde va cediendo
y la tenue fragancia de la hierba
se torna embriagadora
hasta que el velo de la noche antigua
despliega sus plateados esplendores.

Afirman los ancianos
que los sauces nacieron en la luna
y fueron consagrados
a las diosas oscuras,
de culto inmemorial.

Son árboles de brujas y poetas,
testigos silenciosos,
amantes de los lagos.

Viriato, 139 a.C.

El resplandor del fuego parpadea
y baña los rostros inexpresivos
de los que despedimos a Viriato,
bravo caudillo de los lusitanos.

¡Ah!, *Roma traditoribus non praemiatur*,
dicen que dijo, furioso, indignado,
el cónsul Quinto Servilio Cepión,
y que mandó prender a los traidores,
quienes perecieron crucificados,
o estrangulados, ¿quién puede afirmarlo?

Pero Audax, Ditalcos y Minuros
disfrutaban sus hermosas propiedades,
¡bien sabemos!, en la soleada Roma.

A la fría luz del amanecer
las chispas de la pira se dispersan.

Pesadillas

Yeguas nocturnas:

cruzan en su furiosa cabalgata

paisajes delirantes

transidos de escarlata resplandor.

Venía reptando la niebla

—cubriendo cerros y hondonadas—
derramándose entre los árboles...

...y tú me preguntabas
sobre cultos antiguos,
de los primigenios fantasmas,
de canciones heladas.

Venía reptando la niebla
bañándose en verde y carmín:
acaso recordaba
de las noches sin tregua
las presencias sin nombre.

Un vago rumor en las hojas
que el bosque ofrendaba al otoño
nos hizo callar un momento,
apurar un trago de whisky,
para luego hablar en susurros.

En el perfume de tu pelo
me gustaba imaginar
un mundo apenas esbozado
en los apagados fragmentos
de canciones lejanas.

Agonía... los días escarlata:

esos bosques formados con estacas
—dementes alaridos—.

Y yo me preguntaba
de la diosa terrible...

Tristeza y sal sembraba,
la larga agonía de las naciones,
la cortante fragancia de la sangre
imaginando un rostro
labrado en estridencias:
fuego —torturada carne— metal.

Macha Mong Ruadh, circa 377 a.C.

Emhain Macha, una colina melancólica,
testigo silencioso de la gloria
de una reina feroz
que tras derrotar a sus enemigos
—los aguerridos Cimbaeth y Dithorba—
tomó como esposo al primero de ellos
y esclavizó a los hijos del segundo
para que levantaran sus murallas.

En mi cabeza zumban

los insectos dorados
nacidos en el whisky.

A veces te imagino
helada en los cristales
que crecen en las ramas
del bosque en el invierno.

Un fúnebre cortejo,
un tálamo nupcial.

Las brasas languidecen...
extramuros la nieve
intenta una canción.

Fantasmas de los túmulos,

imágenes de ayer:

un guerrero vuelve a casa, victorioso...

...cabezas cercenadas

atadas al cuello de su corcel.

Vae victis, 387 a.C.

Pesando las mil libras acordadas
como rescate de oro
los ilustres romanos
acusaron al rey de los senones
de vil y chapucero:
argumentaban que había trucado,
con asombroso descaro, las pesas.

¡Ay de los vencidos!, exclamó Brennus
al arrojar su espada a la balanza.

Tambores a lo lejos,
el siniestro registro de las gaitas.

¡Borracho entre la niebla!..
implacable es la sed de los fantasmas.

Bajo el silencio grave de la nieve

que cubre lentamente
los restos de un ejército:
las ruedas destrozadas
de los carros de guerra;
las brillantes, labradas armaduras;
las osamentas mudas
de los días aciagos
que nos arrebataron la esperanza.

Vercingetórix, 46 a.C.

Cargado de cadenas
el pálido fantasma de un guerrero
desfila ante la odiosa muchedumbre,
desfila ante la plebe socarrona
aquel que un día, bravo, se enfrentara
a las voraces águilas de Roma.

Nemetón

Los rayos del sol apenas consiguen
colarse entre las ramas de los árboles
aderezados de musgo y de muérdago:
son árboles ancianos y sombríos,
centinelas de un claro silencioso.

De pronto estallan cantos en el bosque,
de pronto avanzan sombras espectrales:
los druidas que celebran sus misterios.

Nacieron en la espuma

—cabalgan en la noche—

desfilan en los sueños infinitos

que gimen con la roca.

Como el insecto que busca la llama

persigo la desgracia entre tus brazos.

¡Cuán terribles tus besos!,

dama de sombras,

¡oh señora de los sueños inquietos!

La pequeña diablesa de larga y roja cabellera

es bailarina entre las doradas briznas de mi pipa:
aspiro las suaves, dulces bocanadas de humo azul
tumbado a la sombra de este monumento megalítico
en cuyas enormes rocas las espirales labradas,
apenas visibles bajo el musgo, cantan el origen.

El murmullo de los insectos me sumerge en un mundo
primigenio: la botella de whisky busca mis labios
y en el filo de un segundo, de un instante doloroso,
el paso de las edades es la danza congelada
de los árboles. ¡Y yo buscando con manos temblorosas
asir tu manto de sombras y fulgores sin retorno!

En la cazoleta de mi pipa la brasa agoniza
y la tarde teje, lentamente, una lluvia de plata.

Aparentes juguetes

de un diseño que un día
comprenderemos.

Pasaron los días de la tristeza,

los largos, fríos meses del terror.

Yo te saludaba desde la orilla

bajo las verdes ramas de los sauces:

bogabas en las aguas de la noche

y tu dulce sonrisa

encendió de nuevo mi inspiración.

III. Nemain

Ella se sentaba en los arrecifes

donde rompían las olas eternas
impregnando la noche
de los sueños labrados
con hilos de maravilla y terror.

Tus ojos son abismos,
abismos que contienen la semilla
de días venideros,
la alegría ruidosa del guerrero
—destello dorado de la cerveza—
los salones humeantes
donde se dora al fuego
la carne jugosa del jabalí.

Nuestras vidas, con muerte entrelazadas,
son un canto que estalla en carcajadas.

Arropada de sombras

cobras formas terribles,
vuelas por encima de los ejércitos
y siembras el terror.

Caos en tu mirada,
llevas cenizas —desesperación—
y la gloria escarlata del guerrero.

Nemain, hazme la gracia,
bríndame tu valor,
dale brillo a mis versos,
y alma de hierro, ¡ah!, ¡temple de acero!

En sus ojos el brillo de la espada,
cristales de ámbar, silencio y otoño;
trazo de luna marcando el camino
sobre las aguas de mares inquietos
—borrachos— de perfume y lontananza,
de los crepúsculos entrelazados
con destello, naufragio y desmesura.

Los rincones helados de la noche

atesoran la imagen fugitiva
de la dama silenciosa que sueña
playas distantes y desconocidas
cuando la lluvia imprime su tristeza
orlada con rumores y cristal,
con vagas resonancias de unas alas
anunciando la muerte y el invierno,
celebrando la belleza atrapada
por sólidos carámbanos de llanto,
gélida llama de páramos blancos
si del viento las sombras estinfálidas
recuerdan el sendero del sepulcro
cuando las voces tiñen la memoria.

Espejo de sueños, onda ligera:

ella tenía en los labios olvido,
algo de luna, de vino y de muerte,
y mis fuerzas se iban desvaneciendo
al mirar sus ojos atormentados,
esos ojos que hablaban de naufragios,
de templos vetustos desmoronándose
por la cuña de nudosas raíces.

Enormes y silentes galerías
sostenidas por columnas labradas
donde resonaban tímidos pasos;
el resto era los ecos, de los cuervos
el lúgubre graznido y en la fuente
aquella irresistible sugestión
de los negros abismos que bostezan,
sí, ansiosos... por devorar los cielos.

Cuando cae la tarde

En la verde lujuria de la hierba
los hongos marfileños
forman círculos de hadas,
espacios encantados
que invitan a dormir
cuando cae la tarde.

Solsticio de verano,

las enormes hogueras en la noche
recortan las frenéticas siluetas
de extasiados, desnudos bailarines.

Tus ojos me arrebatan
—un círculo de chispas—
vino turbio que yace entre tus labios.

Bajo las tejas cubiertas de musgo

acecho a los fantasmas que deambulan
soñando con la niebla en la distancia.

En mis horas oscuras

le fui buscando nombre
a mi persistente, amarga tristeza,
a mi extraña vocación por la lluvia,
por alaridos de viento en las ruinas...
frágil perfume de secas violetas.

En mis horas silentes
con resplandores de vino y angustia
recordaba tu rostro,
aquellas viejas promesas de nieve,
la pálida caricia de tus manos
y tus pechos ardientes.

He caminado el yermo

bajo la atenta y plateada mirada
que me viste de luna.

Con un negro llameante
los fantasmas cabalgan...
con sus mantos de niebla
que deciden la muerte,
¡ay!, la muerte o la vida.

Quieres que mi sangre ilumine la nieve

—siempre me persigues—

y sabes que finalmente me tendrás.

Luces desvanecidas a lo lejos,

borrosas por la lluvia del otoño,
anegadas de ayeres y tristeza.

Solo, frente a los mares agitados,
rabiosos de relámpagos y espuma.

Yo te buscaba con mis ojos rotos,
yo... con mis ojos de cristales rotos.

Hebras de plata

De mis manos nacían
los fulgurantes pájaros de plata,
los pálidos anhelos
que entonces, delirantes la buscaban,
y en las cimas heladas,
al roce de fantasmas silenciosos
conseguía escuchar
las voces, los riachuelos del deshielo.

Silueta recortada,
desdibujada en boreales auroras
—en los blancos caminos—
senderos que seguía... moribundo.

¡Diosa de plata amarga!,
¡Oh diosa de la muerte cadenciosa
que aguarda en los cristales,
en las brillantes noches del invierno!

De niño... recuerdo los campos de trigo,

los campos cubiertos de niebla y misterio
—ramas de muérdago— fantasmas, legiones
que sueñan si lloran la tarde en que estallan
delirios al viento, canciones que sangran
tiñendo la hierba, marcando las horas.

Líneas de sangre

Te he seguido hasta aquí,
a través de espesos bosques oscuros:
viejas olas de sangre.

Sobre el agudo filo de las lanzas

corres y gritas frenéticamente,
y tus enemigos yacen desnudos
en tenebrosos rincones de angustia.

Y sueño bosques bañados de luna
y en los ojos blancos de los ahorcados
se agazapa el horror,
se agazapan las horas,
los latidos ceniza.

La voz de la penumbra

Entonces anidaba la palabra,
ave fúlgida para conjurar
plateadas telarañas de los sueños,
¡ah!, mis lúgubres sueños
de arpegios y cristal ensangrentado,
mis aves extraviadas
en mares esmeralda,
en cielos e imposibles lejanías.

Dices que nadie, ni siquiera yo,

está más allá de la redención.

Perdóname, Señora,

enséñame el camino,

permite que de las grises cenizas

renazcan claridades.

Dame las costas lejanas

de los mares imposibles
y la noche congelada
—la arrogancia del exilio—
aquella risa imposible
cuando las noches de bruma
me recuerdan tu mirada.

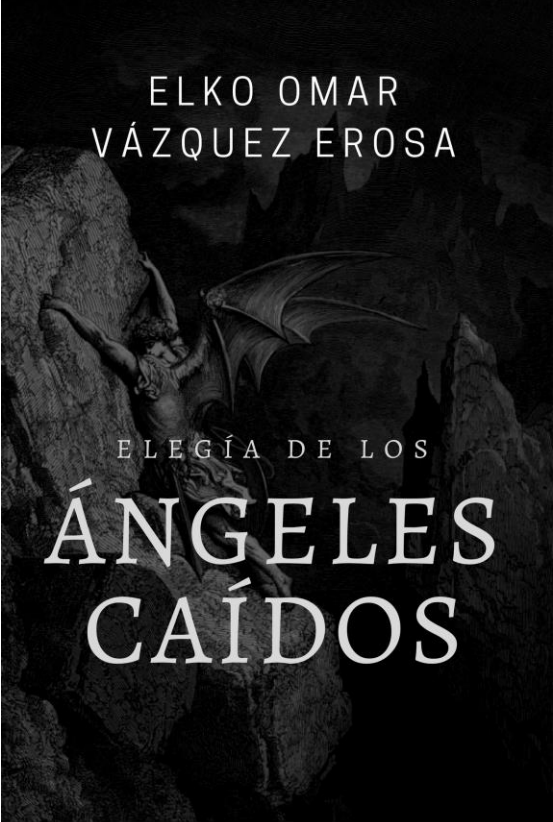
Y ahora un avance especial de:

Elegia de los ángeles caídos

De:

Elko Omar Vázquez Erosa

<http://goo.gl/Q8tByJ>



ELKO OMAR
VÁZQUEZ EROSA

ELEGÍA DE LOS
ÁNGELES
CAÍDOS

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

I. Mascarada



Voluptuosidad es la palabra,

voluptuosidad es el dolor,
es la fragancia del vino orlado
con rojos destellos del secreto.

Voluptuosidad es la mirada,
voluptuosidad es el adiós,
fulgor escarlata del infierno
que yace donde los ojos locos,
helados, acerados del deseo.

Las ráfagas del viento helado en la mañana,

el silencio del invierno y los rostros grises
de seres fantasma a los que pesa la lluvia
me recuerdan el primer beso, ya lejano.

A veces te soñaba una paloma blanca
lanzando el ansia de su vuelo hacia el empíreo,
y yo me pensaba el reflejo de tus ojos,
amante gota de rocío en la gardenia.

Acaso era un beso de lluvia y de silencio
que en su inocencia pretendía resguardarnos
de los abismos donde fueron a parar
la risa, la mirada, el vino y la caricia.

A veces te soñaba una paloma blanca
mientras me pensaba reflejo de gardenia:
entonces me diste el plumaje de mis alas,
las alas negras de los ángeles caídos.

Crepúsculos... ardientes y fantásticos...

que recortan alucinadas formas
de ciudades lejanas y encantadas.

¡Oh sueños de los príncipes cautivos
en torres adornadas con tapices!,
con dorados cordones, figurines,
y esclavas nacidas para el placer.

Anhelos delirantes de los príncipes,
ebrios de lontananzas y perfumes,
hechos a las caricias orientales,
pincelados con la suave tristeza
que un día les naciera de sus goces.

Era la noche, la noche trenzada

con lastimeros aullidos de lobos;
la vieja, imperiosa necesidad
de blandir el impredecible rayo
como se empuña el látigo y la espada.

Eran los gestos lánguidos del baile
que de una llama la gracia imitaba,
de la lluvia la rabia que despierta
las dolientes imágenes furtivas
del vitral en los góticos salones.

Era la noche, los negros jirones
que acaso anhelan escapar del manto
que porta el peregrino de los yermos
cuando busca, sin trazo de esperanza,
las grietas encantadas de un ayer.

Mágico domingo, por la mañana,
borracho en la ciudad ajardinada,
sediento de visiones. ¡Oh! ¡Diríase
toda una Babilonia desolada!,
devastada por ángeles hermosos
armados con espadas de silencio.

Otros libros del autor

EL KO OMAR VÁZQUEZ EROSA

CANTOS DE VAMPIROS



Poemas de rabia, nostalgia y desencuentro,
plenos de parajes nocturnos y ruinosos que
sirven de marco a los amores malditos.

ARPEGIOS Y FANTASMAS

Elko Omar Vázquez Erosa



Voluptuosidad es la palabra

Poemas en tonos ocre que se desmoronan como
muros de adobe, bajo la lluvia.

VESTIGIOS



ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

DE ABRIL

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Poemas que lloran el final de la inocencia y que tienen como fondo los mitos dionisiacos.

Contenido

I. Badbh	3
<i>Sus manos sarmentosas semejaban</i>	4
<i>Atravesar de nuevo</i>	5
<i>Ven, diosa de la guerra</i>	6
<i>En su largo vagar por la penumbra</i>	7
Brennus, 279 a. C.	8
<i>Objetos silenciosos</i>	10
Numancia, 133 a.C.	11
<i>Lóbregas noches de lluvia y gemidos</i>	12
Samhain	13
<i>¿Cuántas veces, a la sombra del endrino?</i>	14
Boudica, 61 d.C.	15
<i>Caen los primeros copos de nieve</i>	16
<i>Tus blancas flores como huesos</i>	17
Presagios	18
Cuchullain	19
<i>Amarte ha sido siempre desastroso</i>	20

<i>Yo te aguardaba, temblando de frío</i>	21
<i>Morrigan, dueña del beso fatal</i>	22
Dices que el hombre	23
Brian Boru, 23 de abril de 1014	24
II. Macha	25
El viejo O'Connor se sirve otra copa	26
<i>Las ramas de los sauces se derraman</i>	27
Viriato, 139 a.C.	28
Pesadillas	29
<i>Venía reptando la niebla</i>	30
<i>Agonía... los días escarlata</i>	32
Macha Mong Ruadh, circa 377 a.C.	33
<i>En mi cabeza zumban</i>	34
<i>Fantasmas de los túmulos</i>	35
Vae victis, 387 a.C.	36
<i>Tambores a lo lejos</i>	37
<i>Bajo el silencio grave de la nieve</i>	38
Vercingetórix, 46 a.C.	39
Nemetón	40

<i>Nacieron en la espuma</i>		41
<i>Como el insecto que busca la llama</i>		42
<i>¡Cuán terribles tus besos!</i>		43
<i>La pequeña diablesa de larga y roja cabellera</i>		44
<i>Aparentes juguetes</i>		45
<i>Pasaron los días de la tristeza</i>		46
III. Nemain		47
<i>Ella se sentaba en los arrecifes</i>		48
<i>Tus ojos son abismos</i>		49
<i>Arropada de sombras</i>		50
<i>En sus ojos el brillo de la espada</i>		51
<i>Los rincones helados de la noche</i>		52
<i>Espejo de sueños, onda ligera</i>		53
<i>Cuando cae la tarde</i>		54
<i>Solsticio de verano</i>		55
<i>Bajo las tejas cubiertas de musgo</i>		56
<i>En mis horas oscuras</i>		57
<i>He caminado el yermo</i>		58
<i>Quieres que mi sangre ilumine la nieve</i>		59

<i>Luces desvanecidas a lo lejos</i>	60
Hebras de plata	61
<i>De niño... recuerdo los campos de trigo</i>	62
Líneas de sangre	63
<i>Sobre el agudo filo de las lanzas</i>	64
La voz de la penumbra	65
<i>Dices que nadie, ni siquiera yo</i>	66
<i>Dame las costas lejanas</i>	67
Un avance de <i>Elegía de los ángeles caídos</i>	68
Otros libros del autor	76